

La unidad del Espíritu

Botschafter

biblicom.org

Índice

0 - Introducción 3

1 - La autoridad del Señor 3

2 - La separación del mal 6

3 - El poder y la dirección del Espíritu 7

Traducido de «*Le Messager Évangélique*», año 1991

0 - Introducción

La unidad del Cuerpo de Cristo es exclusivamente obra del Espíritu Santo. «Porque todos nosotros fuimos bautizados en un mismo Espíritu para constituir un solo cuerpo» (1 Cor. 12:13). Por lo tanto, esta unidad es divina, perfecta y eterna. Así como se excluye toda participación humana, ningún poder humano o diabólico puede destruirla. A pesar de la lamentable dispersión de los cristianos, la verdad permanece: todos los creyentes constituyen un solo Cuerpo, del cual Cristo es la Cabeza y en el cual mora el Espíritu Santo.

Por otra parte, en la práctica, la realización y la manifestación de la unidad del Espíritu dependen de la responsabilidad de cada creyente y, por lo tanto, son defectuosas como todo lo que Dios ha confiado al hombre. Por eso, la exhortación del apóstol se dirige a todos los creyentes: «Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Efe. 4:3). Pero, lamentablemente, la mayoría de los cristianos desconocen esta unidad, y los demás corren el peligro de perder de vista sus principios. Por grande que sea la ruina de la Iglesia, los principios sobre los que se basa, desde el principio, la manifestación del Espíritu sigue siendo válida y, para mantener la unidad del Espíritu, debemos conservarlos.

1 - La autoridad del Señor

Como primer principio, mencionamos el reconocimiento de la autoridad de Cristo, ya sea que lo consideremos como Hijo sobre su Casa o como Cabeza de su Cuerpo. Cristo es fiel «como Hijo sobre su casa, cuya casa somos nosotros» (Hebr. 3:6). «Y él es la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia; él es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo él tenga la *preeminencia*» (Col. 1:18). Este último pasaje no subraya tanto la relación íntima entre la Cabeza y los miembros como la Epístola a los Efesios, sino más bien la gloria personal de Cristo como Señor sobre todas las cosas. «Porque en él fueron creadas *todas* las cosas: en los cielos y sobre la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, o dominios, o principados, o potestades; *todas las cosas* fueron creadas por medio de él y para él; y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas subsisten en él» (v. 16-18). Leemos en la Epístola a los Efesios

que la Asamblea está *sometida* a Cristo, y que hay «un [solo] Señor» (Efe.5:24; 4:5). La Asamblea es *su* Asamblea; *su* Casa, *su* Cuerpo; la mesa puesta en medio de ella es *su* Mesa; los siervos que trabajan en ella son *sus* siervos. «Él ha dado a unos apóstoles; a otros profetas; a otros evangelistas; y a otros, pastores y maestros» (Efe. 4:11). «Hay diversidad de servicios, pero el Señor es el mismo» (1 Cor. 12:5). Solo *su* Palabra es la regla de conducta para todos los creyentes.

Todos los creyentes de la tierra forman parte de esta única Asamblea, constituyen el *único* Cuerpo, la *única* Casa y, por consiguiente, tienen un *único* Señor, un *único* Jefe, Cristo. Por eso están obligados a reconocer su autoridad, que, cuando se reconoce, garantiza la unidad del Espíritu. Los creyentes que se reúnen al nombre del Señor en una misma ciudad expresan la unidad del Cuerpo. «Porque nosotros, siendo muchos, somos un solo pan, un solo Cuerpo; porque todos participamos de un *solo* pan» (1 Cor. 10:17). Es en la vida práctica de la Asamblea y en el desarrollo de las reuniones donde se manifiesta la unidad del Espíritu. Todos los creyentes reconocerán a los siervos llamados por el Señor al servicio y se someterán a ellos según las palabras del Señor: «En verdad, en verdad os digo: El que recibe a quien yo envío, a mí me recibe» (Juan 13:20), y las del apóstol: «Os ruego, hermanos... que también vosotros os sometáis a ellos, y a cada cual que colabora y trabaja» (1 Cor. 16:15-16). Así estarán totalmente de acuerdo con esta palabra del Señor: «Si alguno me ama, guardará mi palabra» (Juan 14:23). Y se someterán unos a otros, en el *temor de Cristo* (Efe. 5:21).

La autoridad de Cristo era reconocida por los primeros cristianos: el temor de Cristo predominaba. «El temor se apoderó de todos» (Hec. 2:43). Debido al solemne juicio que cayó sobre Ananías y Safira, ese temor se incrementó aún más. Varios pasajes del libro de los Hechos lo mencionan: «Se apoderó gran temor de todos los que lo oían... Sobre toda la iglesia sobrevino gran temor, así como sobre todos los que oían estas cosas» (Hec. 5:5, 11). Más adelante se vuelve a hablar de caminar en el temor del Señor, en la época en que había cesado la persecución contra la Asamblea por parte de Saulo (Hec. 9:31).

No era un temor servil, sino más bien el resultado del conocimiento vivo de la presencia del Señor en medio de ellos. Comprendían el lugar que ocupaba Cristo junto al Padre, el primero en su corazón y en sus consejos, a su diestra, «por encima de todo principado, y autoridad, y poder, y señorío, y de todo nombre que se nombra» (Efe. 1:21). Conocían el valor de su nombre, que «le dio el nombre que es sobre todo nombre» (Fil. 2:9), y lo que representa la reunión en ese nombre. Toda actividad carnal, toda pretensión humana debe ser apartada de ella; todo debe estar en armo-

nía con los pensamientos, los sentimientos, el amor, la paciencia y la santidad del Señor.

Así mantenían la unidad del Espíritu, estando tan íntimamente unidos que se podía decir de ellos: «La multitud de los creyentes era de un solo corazón y un alma» (Hec. 4:32). ¿Cuál era el motivo de este estado bendito? *Cristo* era el primer objeto de sus corazones, todos estaban sometidos al Jefe del Cuerpo, al Hijo sobre su Casa.

Pero hoy todo ha cambiado. Los creyentes en su conjunto ya no caminan en la unidad del Espíritu. Ya no se reúnen en un *solo* Espíritu en la *única* mesa del Señor; la mayoría ha perdido el conocimiento de la verdad del *único* pan y del *único* Cuerpo. Ya no se reconoce a «*un solo Señor*», sino que varios señores han usurpado la autoridad sobre el rebaño de Dios. Un hombre habla de *su* iglesia, donde solo él actúa, exhorta, edifica y enseña. ¿Qué ha sido de la autoridad de Cristo sobre *su* Casa, cuando no se reconoce a los siervos que él ha dado a *toda la Asamblea* para su utilidad? Es una usurpación evidente de los derechos que el Señor tiene sobre su Mesa, sobre su Asamblea y sobre sus siervos. ¿Y cuál es la causa profunda de la fragmentación de la cristiandad? Nada menos que la negación de la autoridad de Cristo. Ni *su* voluntad ni *su* mandato son la regla de conducta, sino la voluntad y el mandato del hombre. Aunque todavía se mantenga el *nombre* de Cristo, falta el *temor* de Cristo. Se niega al «*único Soberano y Señor*» (es decir, más aún *la autoridad* de Cristo que su *persona*) (comp. con 2 Pe. 2:1; Judas 4).

Pero cuando el temor de Cristo desaparece del corazón, no se cumple la condición principal para salvaguardar la unidad del Espíritu. Porque, al no tener en cuenta al Señor, tampoco se tiene en cuenta su Palabra y menos aún las advertencias de sus mensajeros; la sumisión mutua en el temor de Cristo es algo totalmente desconocido. Tal estado, como hemos visto, no expresa la unidad del Espíritu.

El temor de Cristo no deja lugar a la presunción ni al temor del hombre. Mantiene a cada miembro en el lugar que le ha sido asignado por la Cabeza y no admite envidia ni celos. Si habita en el corazón, uno se considera pequeño a sus propios ojos y se conforma con ocupar el último lugar, siempre que Cristo ocupe el primero; se estima humildemente al otro como superior a uno mismo; «no mirando cada cual por lo que es suyo, sino también por lo que es de los demás»; y así se manifiestan los sentimientos de Jesús (Fil. 2:4).

Este es el camino por el cual se realiza y se mantiene la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Sin embargo, esto no significa que los miembros estén en la práctica libres de faltas o sean perfectos, de modo que ya no necesiten soportarse y

perdonarse unos a otros. ¡Ni mucho menos! La obligación de soportarnos mutuamente con paciencia y amor permanecerá mientras estemos en cuerpos mortales. Pero si el temor de Cristo llena nuestro corazón, si realmente lo reconocemos como la Cabeza del Cuerpo, viviremos este vínculo de paz sin coacción. Él es la Cabeza (el Jefe), y a los miembros les conviene la sumisión. Por lo tanto, actuar con independencia del Jefe equivale a introducir la autoridad del hombre y provocar la destrucción de la unidad del Espíritu. ¡Que todos aprendamos del gran apóstol lo que escribe a los corintios: «llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Cor. 10:5)!

2 - La separación del mal

Además, a este reconocimiento de la autoridad de Cristo se añade la imperiosa necesidad de una separación consecuente del mal, ya que no podemos tener comunión con lo que deshonra su santo nombre, ni mantener la unidad del Espíritu a expensas de la santidad del Señor. Hemos mencionado el apoyo en el amor y la paciencia, pero tan pronto como se manifiesta en medio de la Asamblea un mal que tiene el carácter de la lepra, el camino de la separación es el único remedio para mantener la unidad del Espíritu. El amor y la paciencia que van en contra de la santidad no provienen de Cristo, sino que son puramente humanos. Para el Señor, su consecuencia es la deshonra; para la Asamblea, un gran daño.

En algunos casos, puede ser difícil conocer el verdadero carácter del mal; pero la dificultad desaparecerá si, al examinarlo, se pone en primer plano la gloria del Señor. También se tiende a juzgar el mal moral con más rigor que el mal doctrinal y los principios corruptores. La causa principal es que los cristianos de nuestros días de ruina piensan en general más en su propia gloria que en la del Señor. Se llega más rápidamente a un acuerdo sobre un juicio relativo a un caso de embriaguez o inmoralidad que si se trata de doctrinas o principios que atacan la persona del Señor.

Mientras que deberíamos tener ante todo en nuestro corazón la gloria del Señor, dudamos en separarnos de las doctrinas y principios que la menosprecian. Y esta vacilación se presenta muy a menudo bajo el pretexto del amor fraternal. Pero ¿es esto amor por Cristo? ¿Dónde están el temor de Cristo y la aceptación de su autoridad? «Si soy señor, ¿dónde está mi temor?» (Mal. 1:6). Ese amor a los hermanos no proviene de la fuente correcta: el amor de Dios. Porque Juan dice: «En esto sabemos

que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios y guardamos sus mandamientos» (1 Juan 5:2). Ahora bien, mantener la comunión a expensas del amor a Cristo no es guardar la unidad del Espíritu. Para guardar esta última, está claro que es imposible permanecer en comunión con un mal moral, ni con doctrinas y principios que deshonran al Señor y tal vez derriban los fundamentos del cristianismo. Porque tales doctrinas son desde su inicio la principal fuente de ruina y muy a menudo tienen su origen en un mal moral. Por ellas, los corazones se alejan de Cristo, fuente de fuerza, paz, gozo y santidad; tantas virtudes divinas que, en consecuencia, faltarán en la marcha cristiana.

Por esta razón, los apóstoles condenaban con la mayor severidad el mal que se presentaba en forma de falsas doctrinas y principios corruptores. Pablo pronunció en varias ocasiones su anatema sobre aquellos que predicaban otro evangelio y deseaba que fueran expulsados. Le preocupaban las asambleas que prestaban oído a estas doctrinas y temía haber trabajado en vano. Por eso volvió a trabajar para dar a luz a los creyentes de Galacia hasta que Cristo se formara en ellos (Gál. 1:8-9; 4:11, 19-20).

El apóstol Juan escribe: «Todo el que se adelanta y no permanece en la enseñanza de Cristo, no tiene a Dios», y «si alguien viene a vosotros y no trae esta enseñanza, no le recibáis en casa, y no lo saludéis» (2 Juan 9-10). ¿Queremos ser más sabios que los apóstoles, o tenemos más amor que ellos? Si esta estricta separación de todo lo que ponía en tela de juicio la autoridad de Cristo sobre su Casa y destruía la unidad del Espíritu era necesaria en su época, ¡cuánto más necesaria es en los días difíciles en que vivimos! Sepamos bien que los principios para mantener la unidad del Espíritu son los mismos hoy que en el pasado. Si se invierten estos principios, es imposible mantener esa unidad. Si queremos obedecer la exhortación del apóstol de mantener la unidad del Espíritu, debemos ante todo reconocer la autoridad de Cristo como Cabeza del Cuerpo, en toda verdad y no solo profesándola. Debemos darle el primer lugar en todas las cosas, someternos a él sin condiciones y andar en su temor. «El temor de Jehová es el principio de la sabiduría» (Prov. 9:10). Si andamos en este temor, nuestros corazones serán capaces de discernir el bien y el mal.

3 - El poder y la dirección del Espíritu

Consideremos ahora un tercer principio, a saber, que necesitamos el poder y la dirección del Espíritu Santo para mantener la unidad del Espíritu. El esfuerzo uni-

versal que realizan los creyentes por unirse muestra sin duda cuán profunda es la necesidad de unidad. Sin embargo, la mayoría no se da cuenta de que la unidad no solo existe ya por medio del Espíritu Santo (1 Cor. 12:13), sino que solo puede ser guardada por este Espíritu. Solo el Espíritu Santo, que une a todos los miembros de Cristo en un solo Cuerpo, que mora y actúa en ellos, distribuyendo los dones como quiere y a quien quiere, puede conceder la gracia, la sabiduría y el poder necesarios para mantener la unidad. Sin el caminar según el Espíritu, esto es imposible. Las reglas y prescripciones no tienen cabida en ella, salvo las que el Espíritu Santo ha dado a la Asamblea, es decir, la palabra de Dios misma.

O aceptamos el poder del Espíritu Santo y, en ese caso, esperamos su dirección, o bien actuamos según nuestra propia sabiduría y causamos confusión. Lamentablemente, la iglesia profesa ha procedido de esta última manera. En principio, ha dejado de lado la autoridad de Cristo sobre su Casa, así como el poder del Espíritu Santo, introduciendo la autoridad y la acción del hombre. Durante mucho tiempo, el Señor esperó en vano el arrepentimiento (Apoc. 2:21); en vano se le dirigió la exhortación: «El que tiene oído, escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias» (Apoc. 2:7, 11, 17). La consecuencia es que una terrible ceguera se apoderó de ella, de modo que esta exhortación ya no se dirige a la iglesia como tal, sino únicamente a los verdaderos cristianos que hay en ella. A pesar de toda la confusión, estos últimos siguen siendo responsables de mantener la unidad del Espíritu porque están sometidos a Cristo como su Señor común y obedecen la dirección del Espíritu que los une.

Por lo tanto, muchos creyentes sienten la necesidad de unidad, pero en lugar de reconocer simplemente la que ha creado el Espíritu Santo, se esfuerzan, con diversos principios, por producir una unidad. Estos esfuerzos son en sí mismos una negación de la unidad de todos los creyentes producida por el Espíritu Santo. «Porque todos nosotros fuimos bautizados en *un* mismo Espíritu para constituir *un* solo Cuerpo, seamos judíos o griegos, seamos esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de *un* solo Espíritu» (1 Cor. 12:13). Por lo tanto, es evidente que todos los esfuerzos por lograr la unidad no pueden ser producidos por el Espíritu Santo, sino que provienen exclusivamente de la carne. El apóstol nos enseña que las “sectas” pertenecen a las obras de la carne, al igual que la fornicación, la idolatría y cosas semejantes (Gál. 5:19-20).

El camino por el que nos guía el Espíritu Santo para manifestar y mantener la unidad consiste, en primer lugar, en reconocer la autoridad de Cristo sobre su Casa; en segundo lugar, en reconocer la unidad que Él ha creado; en tercer lugar, en separarnos de todo lo que obra contra esa unidad; y, en cuarto lugar, en caminar bajo

la dirección del Espíritu Santo. Este camino sigue siendo hoy tan sencillo y claro como al principio del cristianismo. Y todos los que caminan por él manifiestan y realizan la unidad del Espíritu, disfrutan del consuelo del Espíritu Santo (*Hec. 9:31*), tienen por Él la convicción firme y segura de la exactitud del camino que siguen, y son guardados de los extravíos.

Así como solo el Espíritu Santo puede dar a un alma la *certeza* de su *salvación*, solo Él *puede* convencer a los creyentes de la exactitud del *camino* a seguir. Ningún poder humano puede indicarlo. Alguien puede tener la facultad de exponer claramente la verdad a los demás, pero solo el Espíritu Santo puede dar la convicción interior de que uno se encuentra en el terreno de la verdad. «Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad» (*Juan 16:13*). Por eso: «El que tiene oído, escuche lo que *el Espíritu* dice a las iglesias» (*Apoc. 2 y 3*). El que permanece sordo a esta exhortación corre constantemente el peligro de seguir a los hombres.

Para terminar, nos gustaría llamar una vez más la atención de todos sobre la grave responsabilidad que incumbe a los creyentes. Sabemos cuánto le importa al Señor la unidad de los suyos, y corresponde a cada creyente manifestarla y llevarla a la práctica. Las condiciones necesarias para ello no son en absoluto inalcanzables, y no es en absoluto un espíritu de partido lo que nos impulsa a presentar o recordar estas verdades. De hecho, estas condiciones son lo mínimo que el Señor tiene derecho a esperar de cada uno de los suyos. No se necesita un conocimiento especial ni un don para comprenderlas, y nadie puede afirmar que la guía del Espíritu Santo ya no es tan perceptible como en los inicios del cristianismo. Por lo tanto, todos saben que deben caminar en el *temor de Cristo*, condición previa para la realización de la unidad, porque de ella se deriva la guía del Espíritu Santo y la facultad de distinguir la unidad del Espíritu de toda imitación humana. «El hombre espiritual lo juzga todo, y él mismo no es juzgado por nadie» (*1 Cor. 2:15*).